

Voy a colgar mi agonía en una estrella

“Si el flautista de Hammelin convenció a las ratas de que el mar era bueno para ellas, es fácil que yo enseñe a la gente, más entendida que las ratas, que la vida en la tierra es feliz para todos”, sentencia, ponderando las virtudes de su arte, el narrador cantante de “Quiero es cantar”, relato que cierra esta antología. Pero nosotros no nos hemos permitido la licencia del lector de libro de cuentos (en últimas de todo lector): leer en desorden, y bien sabemos que con ningún canto sería posible convencer a los personajes que pueblan estas historias de que la vida en la tierra es feliz para todos, pues, como muchos, ellos han sido signados por la tragedia; Mabel, a quien la realidad, implacable, le corrige

los sueños, Atenor Jugada enredado en su eterna mala suerte, una mujer sin nombre, apenas entrevista, condenada a esperar ante su espejo, Evaristo, ante otro espejo, recuerde que no ha recordado el dolor de su raza, el viejo Apeco, antes colmado por el arte, ahora a expensas de la muerte, o Julián, adolescente que en lucha contra el mar intenta salvar a su padre.

Aunque todos se enfrentan a un destino ineluctable, qué lejos estamos de un catálogo lacrimoso, pues así el ser humano no ceje en su empeño de prodigar y prodigarse dolor, como si ese fuese el placer supremo, aquí no hay queja, más bien se trata de una lucidez que interroga y al mismo tiempo ampara la vida



*Cuentos. Roberto Burgos Cantor,
Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2015.*

de estos personajes; es la lucidez de este escritor cartagenero, que desde siempre parece haber alcanzado el sonido de su propia voz, la estatura de su propia condición y desde allí, en una prosa traslúcida acompañada de exactas reflexiones sobre la vida y sobre la muerte, nos habla de la asunción del fracaso como un intento de entender y de aceptar la realidad.

Las obras completas entregan la totalidad, sin resquicio alguno. Las obras escogidas pretenden solo lo mejor. Nosotros propendemos por las antologías personales de los lectores, aquellos que han indagado en los textos preguntándose por los signos invisibles que marcan los destinos y nos hacen cómplices, a veces sin entender muy bien por qué, de ciertas historias. Con la antología de los cuentos de Burgos Cantor no hace mucho publicada por la Editorial EAFIT, intentaremos a continuación una antología que improvisa sus decires y que siempre es eso, un lector, una especie de segundo centauro de los géneros, que los contiene a todos y, en suma, no es ninguno.

En el cuento “La estrella”, Evaristo Márquez, un negro del Palenque de San Basilio, “lo que más hacía era contemplar esta tierra, querer conocerla, saber si era más complaciente con la siembra del maíz o el arroz, del sorgo o del millo, de las hierbas para alimentar el ganado y capaces de soportar el verano y sus inclemencias de sequías y escases de todo (...) Las tierras del Palenque: defensa y refugio”. Por su apostura, digamos, o por azares del

destino, actúa en la película *Queimada*, dirigida por Gillo Pontecorvo y protagonizada por Marlon Brando. Con ellos, durante el rodaje, inicia arduas reflexiones; una de ellas la permite un parlamento escuchado en la infancia en una obra de teatro: “Voy a colgar mi agonía en una estrella”, y así lo hizo. Un Evaristo de vuelta de todo, recuerda que Marlon Brando le reveló su condición de artista con una clarividencia extrema: “Me confió que él estaba obligado a buscar muchas máscaras, muchos personajes porque no sabía ni quién era él” y le decía: “Líder –pronto empezó a llamarme Líder– Líder: ¿tú crees que la gente, que el público, que los que van al teatro, que los que se duermen, que los que están atentos, que los que se mueren por asesinato o por un síncope, tu crees que ellos saben por qué aplauden o silban o gritan? ¿Qué aplauden?, ¿qué aplauden?, ¿qué gritan?”.

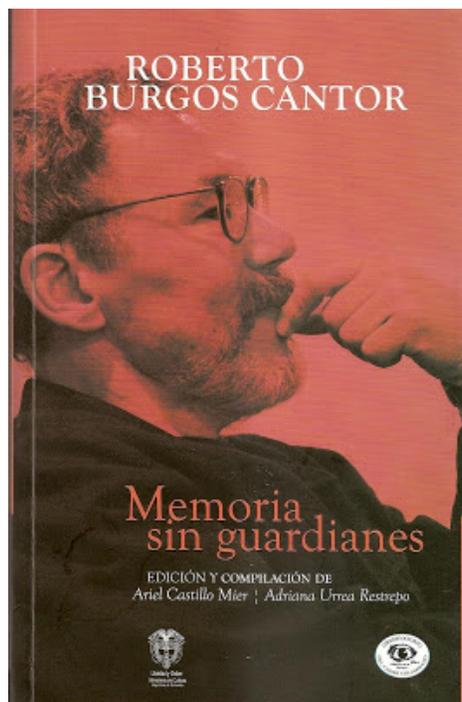
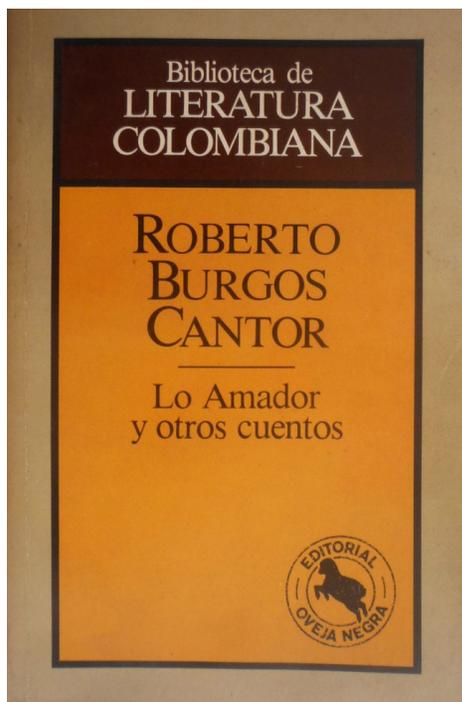
Los blancos no saben, los negros tampoco, parece confirmar Evaristo con sus recuerdos desencantados; por eso, en una especie de claroscuro se oye decir: “si acaso hay lugares en la extensión infinita del cielo en la noche”. Sin embargo, en una terquedad irrenunciable, como si quisiera dotar a lo humano de su extensión infinita, repite al final: “Yo nosotros yo nosotros yo nosotros”. El cuento nos revela el gran descubrimiento de Evaristo, de su singularidad, de su universalidad, ya no hay negros, ya no hay blancos: “lo que aprendí es que ya no me importa que me maten porque uno es todos y a todos no los pueden matar ni con cañones”.

En el cuento “El secreto de Ali-

cia”, Apeco, el viejo escritor, siente la muerte que le ronda sutil y empecinada; al principio no da muestras de preocupación, sin embargo, Burgos Cantor, en un ejemplo de maestría literaria, hace que el personaje diga a su nieta frente a las puertas de un restaurante que le trae gratos recuerdos: “Mejor que las puertas de la ley”. Aquí sí que se admite el temblor de la muerte; tras de una apariencia serena, el miedo invade a un ser y lo obliga a recordar a Kafka, su cuento “Ante la ley”, donde un hombre, un poco antes de morir, oye las palabras del guardián: “Ningún otro podría haber recibido permiso para entrar por esta puerta, pues esta entrada estaba reservada solo para ti. Yo me voy ahora y cierro la puerta”. Solo la nada perpetua, parece que se nos dice, y la mejor manera

de hacerlo no es atiborrándonos de hechos biográficos sino remitiéndonos a un cuento clásico, la literatura alimentándose de la literatura, ella misma abriendo los orificios para la interpretación.

Ante la fatalidad y el despojo que marcan estas historias, quisiéramos recordar la epifanía del joven seminarista Jürgen Holbeck, que en el cuento “La Ascensión”, al entrar al templo y a su nueva vida, como si se tratara del más poderoso conjuro, “elevó la voz hasta sentir que solo era voz elevándose hacia el cielo (...) y ascendió y ascendió mientras cantaba con el coro Quando corpus morietur y vio desaparecer el mundo”. Si aquí no vemos la felicidad de la vida en la tierra, tal vez sí sospechamos el consuelo que puede deparar el canto.



JORGE IVÁN AGUDELO: Historiador de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, y magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT, institución donde ha sido profesor de Literatura y escrituras creativas. Actualmente es el Director Académico de Humanidades y Artes de la Academia Yurupary. Desde 2003 coordina el Taller de Literatura para Jóvenes de la Biblioteca Pública Piloto. Ha publicado con la Editorial de la Universidad de Antioquia los libros de poesía *La calle por cárcel* (2010) y *Ni el abrazo ni el refugio* (2016). Crónicas y relatos suyos han aparecido en el periódico Universo Centro.